

Novela clásica china

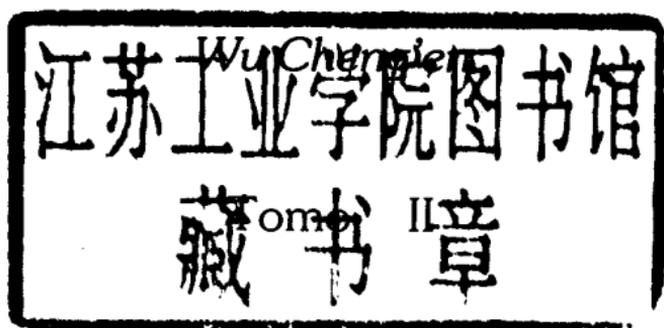
PEREGRINACION AL OESTE II

Wu Cheng'en



EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS BEIJING CHINA

PEREGRINACION AL OESTE



EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
BEIJING

Traducido por María Lecea y
Carlos Trigoso Sánchez

Página www:

<http://www.flp.com.cn>

E-mail:

info@flp.com.cn

sales@flp.com.cn

Primera edición 2005

ISBN 7-119-01129-4

Copyright 2005

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS

Publicación:

Ediciones en Lenguas Extranjeras
Baiwanzhuang Dajie N.º 24, Beijing
Zona postal 100037

Distribuidor:

Corporación China de Comercio
Internacional del Libro
Chegongzhuang Xilu N.º 35
Apartado postal 399, Beijing
Zona postal 100044

Impreso en la República Popular China

SEMBLANZA DEL AUTOR

Wu Cheng'en (1500-1582 aproximadamente), oriundo de Shanyang (hoy Huai'an, en la provincia de Jiangsu), fue un novelista de la dinastía Ming (1368-1644) y se le conocía también con los nombres de Ru hong y Hombre de la Montaña Sheyang. Desde pequeño se interesó en la lectura de los cuentos mitológicos. Fracasó en varios exámenes imperiales. Durante el reinado de Jia Jing (1522-1566), recibió el título de licenciado superior. A finales de este reinado y comienzos del subsiguiente reinado de Long Qing (1567-1572), fue asistente del jefe del distrito de Changxing, provincia de Zhejiang. Debido a la difícil vida de funcionario, decidió abandonar la carrera oficial en su vejez para consagrarse a la escritura. Entonces dio a conocer la *Peregrinación al Oeste*. Sus poemas y ensayos, de estilo fresco y elegante, reflejan su descontento por la realidad social. En la actualidad, de él se conservan esta famosa novela mitológica y los *Escritos del señor Sheyang*.

CAPITULO XXVI

Sun Wukong busca un medio mágico en las Tres Islas;
Guanyin hace revivir el árbol con un
manantial de agua transparente

*Si vives en el mundo,
debes soportar;
la paciencia es esencial
para tu autoperfeccionamiento.
Aunque se dice que ser resuelto es cosa buena,
piensa antes de actuar,
y nunca te enojés ni te exaltes.
Los caballeros auténticos que no se disputan,
cobran fama permanente;
los sabios que amaron la virtud
son recordados hasta hoy.
Los fuertes siempre encuentran
a otros hombres más fuertes,
y terminan fracasando
sumidos en el error.*

El Inmortal Zhenyuan, cogiendo de la mano a Sun Wukong, le dijo:

—He oído hablar mucho de tus capacidades y tu valor, pero esta vez has ido demasiado lejos, y haz lo que hagas y cualesquiera que sean los métodos mágicos a que recurras, estás en mis manos y no te me escaparás. Discutiré contigo hasta el Cielo Oeste e incluso iré a ver a vuestro Buda y conseguiré que me devuelvas el Arbol de Frutos Humanos. Cuidado con emplear tu magia.

—¡Ay, maestro, qué mezquino sois!—Sun Wukong rió—. No es difícil resucitar el árbol. Si hubiera sabido

antes que es eso lo que queréis, hace tiempo habrían terminado nuestras peleas.

—¡No creas que pueda perdonarte con magnanimidad sin pelear contigo!

—Dejad libre a mi maestro—dijo Sun Wukong—, y os devolveré el árbol. ¿De acuerdo?

—Si posees una fuerza mágica capaz de devolverme el Arbol de Frutos Humanos, estoy dispuesto a hacerte ocho reverencias¹ y a llamarte hermano.

—Eso no tiene mucha importancia—dijo Sun Wukong—. Poned en libertad a mis compañeros y os devolveré vuestro árbol sano y salvo.

El inmortal creyó que Sun Wukong no podía escaparse y ordenó al punto que liberasen a Sanzang, Zhu Bajie y el Monje Sha.

—Maestro—dijo el Monje Sha a Sanzang—, ¿qué jugarreta se dispone a hacer nuestro hermano?

—¡Sí, sí, menuda jugarreta!—dijo Zhu Bajie—. Eso significa “jugar con los sentimientos humanos”. El árbol ha muerto, ¿cómo se las va a arreglar para hacerlo revivir? ¡Pura jactancia! Quiere quedarse libre y ponerse en camino, so pretexto de buscar un remedio para el árbol, y nosotros, ¿qué le importamos?

—No, no se atreverá a abandonarnos—replicó Sanzang—. Vamos a preguntarle dónde piensa conseguir tal medio mágico.

El maestro, volviendo hacia el Rey de los Monos, preguntó:

—Wukong, ¿por qué engañas al inmortal para que nos libere?

—No lo engaño—protestó Sun Wukong—. Digo la pura verdad.

—¿Adónde piensas ir a buscar el remedio?—volvió a preguntar Sanzang.

¹ Hacer ocho reverencias: Significa manifestar particular respeto.

—Ya en la antigüedad decía la gente que “todo remedio viene del mar”—respondió Sun Wukong—. Así es que pienso ir al Gran Mar del Este, recorrer las Tres Islas y los Diez Continentes; visitaré a los espíritus inmortales y a los sabios ancianos y les pediré lo que sirve para resucitar a los muertos. Os aseguro que el árbol revivirá.

—¿Cuándo piensas regresar?—preguntó Sanzang.

—Pues dentro de unos tres días, no más tarde—respondió Sun Wukong.

—Bueno. Si es así, haz como quieras—concedió Sanzang—. Te doy tres días de plazo. Si vuelves, pues muy bien, si te retrasas, leeré el conjuro que sabes.

—Como digáis, maestro—se apresuró a responder Sun Wukong y, arreglándose bien su faldellín de piel de tigre, traspuso el umbral. Acercándose al inmortal, dijo:

—Venerable, podéis estar tranquilo, regresaré sin falta. Sólo os ruego que cuidéis de que a nuestro maestro se le atienda como se debe. Ha de beber té tres veces al día y recibir alimento seis veces. Si le falta la menor cosa, os ajustaré las cuentas. Romperé primero todos vuestros calderos. Si al maestro se le ensucia la ropa, que se la laven. No quiero verle con el rostro pálido. Cuidad que no adelgace; si no, no nos marcharemos de aquí.

—Bueno, bueno, vete—respondió el inmortal—. Puedes estar tranquilo, no pasará hambre.

¡Oh, Rey Magnífico de los Monos! Dio un salto en el aire, se subió a una nube, abandonó el Monasterio Wuzhuang y se dirigió al Gran Mar del Este. Voló por el aire como un rayo y con el ímpetu de un meteoro. Pronto llegó a Penglai, isla de los inmortales. Detuvo la nube, miró abajo con atención y vio un cuadro maravilloso. Sobre ese lugar hay unos versos que narran:

*Un grande y sagrado lugar
donde los sabios inmortales
paran las olas al viajar.*

*La sombra del trono de jade
enfria el corazón del cielo.
La luz de las grandes torres
brilla muy alto sobre el mar.
Escondidas flautas de jade
suenan en la niebla de colores.
La luna y las estrellas
relucen sobre el dorado leviatán.
La Diosa Wang Mu
del Estanque Occidental
frecuenta ese lugar,
para darles sus duraznos
a los Tres Inmortales.*

Sun Wukong no podía abarcar con la mirada toda la maravillosa belleza que se ofrecía a sus ojos. Por fin descendió a tierra en Penglai y empezó a caminar. Pronto vio, a la entrada de una cueva blanca, a tres ancianos que a la sombra de un pino jugaban al *weiqi*. El que observaba el juego era la Estrella de la Longevidad, y los jugadores eran la Estrella de la Felicidad y la Estrella del Rango Oficial. Sun Wukong se acercó a ellos y dijo:

—Respetables hermanos menores, os ruego que aceptéis mi saludo.

Los ancianos recogieron las piezas y, tras de responder al saludo, preguntaron:

—¿Qué te trae por aquí, Gran Sabio?

—Pues que quisiera veros—dijo Sun Wukong.

—He oído decir que has renunciado al taoísmo y ahora profesas el budismo—dijo el Espíritu de la Estrella de la Longevidad—. También he sabido que has protegido al Monje Tang, exponiendo tu vida, y lo acompañas al Cielo Oeste por las escrituras sagradas, que cada día tienes que recorrer grandes distancias, subir a montañas y atravesar ríos. ¿Cómo has podido hallar un rato libre para vernos?

—No quiero engañaros, venerables amigos—dijo entonces Sun Wukong—. En el camino hemos hallado un obstáculo, por eso vengo a pedir os ayuda. Sólo que no sé si estaréis de acuerdo en concedérmela.

—¿Qué obstáculo es ése y dónde lo has encontrado exactamente?—preguntó el Espíritu de la Estrella de la Felicidad—. Explicáenoslo, si te place, más prolijamente y quizás podamos hallar alguna solución.

—Pues el obstáculo surgió cuando pasábamos junto al Monasterio Wuzhuang, en la Montaña de la Longevidad Infinita— dijo Sun Wukong.

—¡Wuzhuang es la morada del Inmortal Zhenyuan!—exclamaron asombrados los ancianos—. ¿Has robado sus Frutos Humanos?

—¿Y eso qué tiene de particular?—inquirió a su vez Sun Wukong.

—¡Qué mono éste!—exclamaron los ancianos—. Ni siquiera sabe distinguir lo bueno de lo malo. El que huele ese fruto vive trescientos sesenta años. El que lo come, cuarenta y siete mil años. Estos frutos se llaman Elixires Restauradores de Hierba. Nuestro *dao* no se puede comparar con ellos. Ese fruto puede hacer a uno inmortal sin gran esfuerzo. Nosotros, para realizarlo, necesitamos muchos esfuerzos y tiempo para nutrir nuestra esencia, fortalecer el *qi*, guardar la energía vital, armonizar el agua y el fuego y aprehender el *kan* para llenar el *li*¹. ¡Cómo puedes decir que estos frutos no valen nada! En todo el universo no existe más árbol milagroso que ése.

—¡Árbol milagroso! ¡Árbol milagroso!—remedó Sun Wukong—. Pues yo he arrancado de raíz ese árbol milagroso.

—¿Cómo que de raíz?—se asombraron los ancianos.

—Anteayer, cuando llegamos al Monasterio Wuzhuang, el inmortal no se hallaba allí, estaban dos novicios que salieron a recibir a nuestro maestro. Le ofrecie-

¹ *Kan* y *li* son dos de los Ocho Trigramas.

ron dos Frutos Humanos. Pero nuestro maestro, que desconocía la existencia de tales frutos los tomó por niños recién nacidos y, por más que intentaron convencerlo, se negó obstinadamente a comerlos. Los novicios se llevaron los frutos a su cuarto y se los comieron, sin pensar siquiera en invitarnos. Entonces yo robé tres frutos y los compartí con mis hermanos. Los novicios irrespetuosos empezaron a denigrarnos e injuriarnos y nos tildaron de ladrones. Esto me indignó, arranqué de raíz su árbol y lo derribé al suelo. Los frutos desaparecieron no sé dónde, las ramas se rompieron, las hojas cayeron, las raíces quedaron al aire y el árbol se secó. Los novicios intentaron encerrarnos en el monasterio, pero yo abrí todos los candados y nos fuimos. Al día siguiente regresó al monasterio el inmortal y nos dio alcance. No pudimos entendernos con él por las buenas y comenzamos a luchar los dos. El inmortal, con ayuda de la magia, nos metió en su manga. Luego nos ataron y comenzaron a pegarnos. Nos azotaron durante todo el día. Por la noche, huímos otra vez. Mas el inmortal nos alcanzó de nuevo y, como la primera vez, se apoderó de nosotros. A pesar de que en sus manos no tenía ni un *cun* de hierro, se defendía sólo con su espantamoscas de crin. Mis hermanos y yo, aún poseyendo armas mágicas, no podíamos vencerlo. Esta vez ordenó que envolvieran en una tela cubierta de laca a mi maestro y a mis hermanos, y que a mí me arrojaran a un caldero con aceite hirviendo. Pero yo al momento me transformé y evité el castigo, y el caldero lo rompí. Al ver que no era tan fácil someterme, se asustó un poco y al fin llegamos a un acuerdo. Pedí que pusiera en libertad a mi maestro y a mis hermanos y a cambio le prometí hacer revivir el árbol. Recordando que "todo remedio viene del mar", decidí venir a vuestro lugar maravilloso a visitaros, respetables hermanos. Si tenéis algún remedio con ayuda del cual se pueda resucitar el árbol, decídmelo. Así

ayudaréis al Monje Tang a librarse de ese peligro.

—Mono, tú no sabes distinguir a la gente—dijeron apenadas las tres estrellas después de escucharlo—. El Inmortal Zhenyuan es el Patriarca de los inmortales terrestres. Nosotros somos deidades. Aunque seas un ser celeste, no eres la flor y nata sino uno de los miembros sueltos de la Gran Mónada. ¿Cómo podrás escapar del inmortal? Si hubieras matado a alguna bestia o pájaro, insecto o serpiente, se les podría resucitar con un elixir que preparamos con el mijo. ¿Pero cómo hacer revivir el Arbol de Frutos Humanos, el árbol mágico? No, no disponemos de ningún remedio.

Al oír eso, Sun Wukong frunció las cejas y en su frente surgieron miles de arrugas.

—Quizás pueda hallarse en otro sitio—dijo al observar eso la Estrella de la Felicidad—. ¿Para qué apesadumbrarse en seguida?

—Claro está que puedo buscar—dijo Sun Wukong—. No me cuesta nada buscar por todos los mares y rincones del mundo y recorrer los Treinta y Seis Cielos. Pero el Monje Tang aplica muy rígidamente sus reglas y no es magnánimo. Me ha dado sólo tres días de permiso. Si no regreso en el plazo señalado, empezará a recitar el conjuro para que se estreche el anillo.

—Eso está muy bien—exclamaron riendo los ancianos—. Si no se te refrena, te introducirás otra vez en el cielo.

—Tranquilízate, Gran Sabio, y no te preocupes—dijo en eso la Estrella de la Longevidad—. Aunque ese Gran Inmortal es superior a nosotros, es amigo nuestro. Hace mucho que no nos hemos visto, así que vamos ahora a visitarlo al monasterio y, además queremos hacerte un favor. Explicaremos las cosas y le diremos al Monje Tang que no recite el conjuro, así que no te preocupes por los días que tengas que andar errante; nos despediremos de él sólo cuando hayas regresado.

—¡Oh, cuánto os lo agradezco!—exclamó contento Sun Wukong—. Id a verlo cuanto antes, os lo ruego, y yo seguiré mi camino.

No nos detendremos a narrar su despedida. Sólo diremos que las Tres Estrellas se subieron a una nube propicia y en un segundo se hallaron junto al Monasterio Wuzhuang. En aquel momento, los moradores del monasterio oyeron en lo alto del cielo el gruído de unas cigüeñas. Eso anunciaba la llegada de los espíritus.

*El vacío estaba lleno
de una luz bendita;
la Vía Láctea tenía
una densa fragancia.
Mil hilos de bruma envolvían
a los que vestían plumas;
una sola nube sostenía
los pies inmortales.
Fénices verdes y rojos
daban vueltas volando,
mientras el aroma de las mangas
sobre el mundo flotaba.
Alegremente charlaban,
apoyándose en sus bastones
con cabeza de dragón,
y sobre sus pechos se agitaban
las barbas blancas como jade.
Sus juveniles rostros no estaban
afectados por los pesares;
sus majestuosos cuerpos
eran ricos en bendiciones.
Llevaban fichas de astros
para alargar la vida de la gente;
de sus cinturas colgaban
calabazas y talismanes.
Su vida era infinitamente larga;*

*vivían en los Diez Continentes
y en las Tres Islas.
Frecuentemente bendecían
a los mortales;
difundían cosas buenas
entre los humanos.
La gloria y las bendiciones
brindaban entonces felicidad ilimitada.
Como los tres venerables visitaban al Gran Inmortal,
no había fin a la fortuna y a la paz.*

Los novicios se apresuraron a anunciar la llegada de los espíritus.

—Maestro—dijeron—, de las islas sagradas han llegado las Tres Estrellas.

El inmortal, que estaba conversando en ese momento con Sanzang, al oírlo, bajó por la escalera al encuentro de los huéspedes. Al ver a la Estrella de la Longevidad, Zhu Bajie se acercó a él y, cogiéndolo de la mano, dijo riendo:

—¡Eh, buen viejo! Hace mucho que no nos hemos visto. Y tú, sigues siendo tan despreocupado y vas con la cabeza descubierta.

Diciendo esto, le encasquetó su gorro de monje, dio palmadas y rompió a reír.

—¡Estupendo!—exclamó—. Verdaderamente un funcionario promovido con su tocado.

—¡Serás granuja!—lo reprendió la Estrella de la Longevidad arrancándose el gorro—. ¡Nunca vas a aprender buenos modales!

—Yo no soy granuja—dijo Zhu Bajie—. Pero tú y tus semejantes, sí, sois verdaderos esclavos.

—¡Grujuja, cómo te atreves a llamar a los demás esclavos!—dijo la Estrella de la Felicidad.

—¿Por qué si no sois esclavos—siguió burlándose Zhu Bajie—, la gente os pide que “nos deis la longevi-

dad”, “nos deis la felicidad” y “nos deis un buen puesto”?

Entonces Sanzang echó a Zhu Bajie y, arreglándose precipitadamente la ropa, saludó a las Tres Estrellas con una respetuosa reverencia. Al fin, después que éstos hubieran saludado al inmortal como al de más edad, todos se sentaron y comenzaron a charlar.

—Hace mucho que no nos hemos visto—observó la Estrella del Rango Oficial—; no nos ha sido posible venir antes a haceros una visita, mas ahora, al saber que el Gran Sabio Sun ha armado un gran alboroto en vuestra morada inmortal, hemos decidido venir a visitaros.

—¿Eso quiere decir que Sun el Novicio ha estado en Penglai?—preguntó el inmortal.

—Sí—respondió la Estrella de la Longevidad—. Quería conseguir algún remedio para hacer revivir el árbol del elixir. Pero como no disponíamos de nada semejante, fue a buscarlo a otro sitio. Teme no hallarlo en tres días y no poder volver en el plazo señalado, por lo que el maestro empezaría a recitar el conjuro para apretar el aro. Así es que hemos venido en primer lugar a presentar nuestros respetos y en segundo lugar a pedir una prórroga del plazo.

—¡Puedo aseguraros que no pronunciaré el conjuro!—se apresuró a decir Sanzang para tranquilizarlos.

En ese momento, Zhu Bajie se acercó de nuevo y, cogiendo de la mano a la Estrella de la Felicidad, empezó a pedirle fruta. Deseoso de encontrar algo que comer, se puso a rebuscar en sus mangas, alrededor de su cintura y le levantó los faldones de la ropa.

—Bajie—le dijo Sanzang en tono de reproche—, ¿es ésa manera de proceder?

—Esto no es cuestión de maneras—replicó Zhu Bajie—. Ya se dice, “Busca y alcanzarás dicha”.

Pero Sanzang una vez más le obligó a marcharse. El Bobo salió de la sala a regañadientes y miró con odio a la Estrella de la Felicidad.

—¡Granuja!—dijo la Estrella de la Felicidad—. ¿Qué te he hecho para que me mires con tanto odio?

—No siento ningún odio por ti—repuso Zhu Bajie—. Eso se llama: “Mirar atrás y ver la felicidad”.

Al salir de la sala, el Bobo se encontró con el novicio que llevaba cuatro cucharillas de té y venía a buscar tazones para servir fruta y té. Le arrebató una cucharilla, se fue corriendo a la sala principal del monasterio, tomó un *qing* pequeño y empezó a golpearlo desordenadamente.

—Este monje es cada vez más irrespetuoso—dijo el inmortal.

—¿Acaso es una falta de respeto?—replicó riendo Zhu Bajie—, esto es “felicidad y alegría todo el año”.

Mas dejemos por ahora a Zhu Bajie y contemos cómo Sun Wukong, después de marchar de Penglai, no tardó en llegar a la Montaña Mágica Fangzhang. Era un lugar de asombrosa belleza.

*El alto Fangzhang es otro cielo,
donde dioses e inmortales se encuentran
en el Palacio de la Gran Unidad.
El trono púrpura ilumina
el camino a las Tres Deidades de la Pureza.
El aroma de las flores y los árboles
se desplaza entre las nubes.
Muchos fénices dorados llegan
a regocijarse alrededor de las floridas puertas.
¿Qué hace relumbrar a los hongos
como mágico jade?
Verdes duraznos y púrpúreas ciruelas
acaban de madurar;
están listos para dar
más vida a los inmortales.*

Sun el Novicio descendió con su nube, pero no estaba como para contemplar la hermosura de la naturaleza. De pronto, percibió una fragancia maravillosa,

oyó gruír a una grulla y vio a un inmortal.

*El cielo estaba lleno
de radiante luz;
nubes multicolores
brillaban y resplandecían.
Los fénices rojos lucían
más brillantes que las flores en sus picos.
Dulcemente cantaban los fénices verdes
al danzar en vuelo.
Las bendiciones del inmortal eran tan grandes
como el Mar del Este,
su edad igualaba
a la de las montañas;
pero su rostro parecía de niño
y su cuerpo era fuerte.
En una botella guardaba
sus píldoras de eterna juventud;
y un amuleto en su cintura
aseguraba su inmortalidad.
Había llenado de bendiciones
a la humanidad,
salvando a los mortales
de las dificultades.
Cierta vez prolongó
la vida del Emperador Wu;
y siempre iba
a los Festines de los Duraznos.
Les enseñaba a los monjes
a dejar de lado lo terrenal;
sus explicaciones del Gran Dao
eran claras como relámpagos.
Cruzó los mares para presentar sus respetos,
y vio al Buda en el Pico de la Montaña Milagrosa.
Su título era:
Soberano Emperador de la Gloria Oriental,
el inmortal más excelso*

entre las brumas y nieblas del ámbito celestial.

Al encontrar al inmortal, Sun Wukong dijo con respeto:

—Permitidme que os salude, Soberano Emperador.

El Soberano Emperador se apresuró a responder al saludo y se dirigió a Sun Wukong muy cortésmente diciéndole:

—Perdonad, Gran Sabio, que no haya salido a vuestro encuentro. Os ruego que entréis en mi modesta mansión a beber té.

Sosteniendo por el brazo a Sun Wukong, lo introdujo en el Palacio de Concha. El palacio era realmente espléndido: ¡Cuántos estanques y pabellones de jade podían verse allí! Apenas se hubieron sentado el inmortal y su huésped, de detrás de un biombo de turquesas apareció un adolescente. Fíjense bien cómo era su atavío:

*Una bata taoísta
de brillante color;
la luz salpicaba
su faja de seda.
Llevaba turbante
con el signo del carro,
sus sandalias de paja
habían subido a todas las montañas mágicas.
Estaba refinando
su zhen pristino
dejando su envoltura;
cuando terminase, alcanzaría
ilimitada bendición.
Su comprensión penetraba
hasta los orígenes,
y su maestro sabía
que estaba libre de falta.
Evitando la fama, gozando del presente
había obtenido larga vida,
ya no temía el paso del tiempo.*